

Jorge Magasich Airola, *Historia de la Unidad Popular. Volumen II. De la elección a la asunción: los álgidos 60 días del 4 de septiembre al 3 de noviembre de 1970*, Santiago, Lom ediciones, 2020, 208 páginas.

Christián Matamoros Fernández¹

La conmemoración de los 50 años del abrupto final del gobierno de la Unidad Popular sin duda que traerá aparejada nuevas investigaciones sobre dicho proceso. Los años 2003 y 2013, en que se cumplieron tres y cuatro décadas del golpe de Estado, vinieron acompañados de diversas publicaciones sobre el periodo, las que en gran medida han saldado los vacíos historiográficos sobre ese álgido y breve gobierno, los que eran particularmente notorios hasta fines del siglo pasado.

Dando cuenta de esto, el historiador Jorge Magasich publicó en LOM Ediciones a fines de 2020 los dos primeros volúmenes de una obra que con 4 tomos proyectados pretende entregar una panorámica general del periodo. Si en el primer volumen el foco estuvo puesto en los antecedentes, con diferentes miradas temporales, del proceso que llevó a Salvador Allende al triunfo electoral el 4 de septiembre de 1970, este segundo tomo se centra en un marco temporal mucho más acotado, de solo 60 días, tal como su bajada de título lo indica. Esos dos meses, vividos entre el triunfo de Allende y el momento en que este asume la presidencia, se presentan como esos momentos de particular aceleración temporal, especialmente suscitado por los reacomodos y movimientos de los actores políticos.

Lo que pareciera ser una simple coyuntura, es revelado por Magasich en su justa comprensión histórica, mediante un destacado uso de fuentes de información, de diversa índole, a veces excesiva, pero que permite mostrar los vericuetos que llevaron a que el Congreso, tal como en ocasiones previas, ratificara el triunfo de Allende, mediante un estatuto de garantías exigido por la Democracia Cristiana. El autor se concentra especialmente en los tres intentos de golpe de Estado proyectados por Estados Unidos, un sector de la derecha chilena y, lo que es una contribución notable del texto, un sector de la Democracia Cristiana liderado por Eduardo Frei, a la fecha presidente en ejercicio del país. Dichos intentos golpistas tenían como objetivo impedir la asunción de Allende.

El análisis de Magasich se orienta por seguir una secuencia cronológica dividida semanalmente, pero culmina con tres últimos capítulos centrados en el asesinato del general René Schneider y la llegada de Allende al gobierno.

La literatura sobre el gobierno liderado por Allende es abundante y variada, caracterizada por diversas perspectivas: “desde abajo” o “desde arriba”; desde una historiografía más militante, mayoritariamente de “izquierda”, pero también “de derecha” o desde posicionamientos que podríamos asimilar a la denominada “teoría de los dos demonios”; desde una historia política tradicional o desde los sujetos populares. El foco de este nuevo libro está en lo intentos

¹ Doctor en Estudios Americanos, Departamento de Historia de la Universidad de Santiago de Chile. christian.matamoros@usach.cl

por impedir que Allende asumiera como presidente, lo que se materializó finalmente en el asesinato del general constitucionalista René Schneider, ocurrido unos días antes de que Allende fuera proclamado como presidente. El estudio pormenorizado de este crimen, dando cuenta de las responsabilidades políticas, intelectuales y materiales, permite descartar las intenciones de “secuestro” del general, las que han sido replicadas por una parte de las investigaciones. El texto da cuenta que el objetivo inmediato al momento de ejecutar su embocada fue el asesinato, principalmente por el análisis del número y roles de los participantes, de las acciones ejecutadas, donde Schneider no alcanzó a disparar un tiro, y, lo más importante, por el tipo de munición utilizada y la cantidad de disparos percutados (por la espalda).

La búsqueda por generar en esos días un clima de terror tuvo escasos logros, menos aún con el asesinato de Schneider, pues el intento por responsabilizar a sectores de izquierda radical logró poco asidero. El general era un reconocido constitucionalista, por lo que su crimen fue leído públicamente como un atentado contra la vía constitucional a la que Allende buscaba adherir. Las informaciones proporcionadas por aparatos de seguridad de la Unidad Popular y el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), permitieron dar con parte de los responsables, pero la mayoría de ellos gozó de impunidad, debido a las numerosas complicidades existentes en esferas políticas, policiales y del poder judicial con los asesinos.

Gran parte de la reconstrucción histórica que realiza el autor se sustenta en la revisión de obras previas de distinto tipo: históricas, novelas, ensayos, memorias, periodísticas, etc.; fuentes de prensa del periodo; entrevistas; y, principalmente el análisis de documentación desclasificada de la embajada norteamericana, la CIA, el Departamento de Estado y otras entidades norteamericanas. Esta última información ya previamente había sido conocida por algunos trabajos periodísticos o por obras historiográficas sobre el tema, como la de Peter Kornbluh, Luis Corvalán Márquez o Sebastián Hurtado, aunque este último distanciándose de atribuir demasiada importancia al rol de los EE.UU., el que habría sido secundario frente al papel jugado por los actores nacionales, en una perspectiva más en línea con los planteamientos de Joaquín Fernandois e investigadores asociados al Centro de Estudios Públicos. Esta última perspectiva ha rechazado las visiones que le otorgan un papel protagónico a EE.UU. o la CIA en la caída de Allende, atribuyendo gran parte de esa iniciativa a los actores locales. Niega que estos hayan sido meros peones de decisiones tomadas por otros, siendo marionetas de un titiritero todopoderoso.

Si bien han existido visiones un tanto victimizantes de la Unidad Popular respecto al rol de EE.UU., el texto de Magasich se aleja de esa mirada, dando cuenta que la intervención existió, el respaldo económico también (los documentos revelados por los mismos protagonistas con innegables sobre este punto) y la influencia en aspectos operativos también (pp. 113-117). Lo anterior permite entender que las conspiraciones realizadas durante los meses tratados no son creaciones que busquen un mito explicativo, sino que se desarrollaron a partir de las acciones sostenidas por los agentes locales en acuerdo y sintonía con el apoyo norteamericano. Cualquier tipo de apoyo norteamericano desinteresado, como se desprende de las tesis que restan valor a la influencia de EE.UU., queda descartado, pues los documentos dan cuenta de decisiones tomadas a nivel gubernamental por la potencia del norte y que repercutieron directamente en lo obrado durante esos meses por sus aliados locales.

Los actores locales, la DC y la derecha chilena principalmente (Agustín Edwards de forma destacada), no fueron pasivos frente a las decisiones e intereses de EE.UU. Ellos jugaron sus cartas, leyeron el apoyo y el interés buscado con este, el que fue mayormente coincidente con sus aspiraciones, pero no idéntico. El caso de Frei es el más representativo, se negó a participar en cualquier acción que expusiera públicamente su figura para la posteridad como alguien que atentó contra la democracia del legítimo triunfo allendista (el embajador Edward Korry “informa a Kissinger que Frei no desempeñará un papel decisivo y que le gustaría que Estados Unidos haga el «trabajo sucio» intentando provocar un golpe”, se lee en la página 74). Por esto, el líder falangista accedió a participar solo como un restaurador de la democracia rota tras una intervención militar breve, por lo que, ante la acción golpista que impidiera que Allende asumiera el gobierno, cuestión que él apoyaba, saldría al exilio para volver con posterioridad.

Magasich, un historiador posicionado dentro de lo que podría llamarse una “historiografía de izquierda”, se aleja de cualquier tipo de reconstrucción histórica basada en la voluntad del investigador. Su solidez en el oficio es particularmente aguda al momento de rastrear las repercusiones inmediatas del triunfo allendista en la tropa de marinos acuartelados, los que, a diferencia de los oficiales, quienes sí tenían derecho a voto, se mostraron especialmente alegres con los resultados. Por el contrario, la oficialidad recibió el triunfo de la izquierda con rabia y angustia. En estos temas, el autor da cuenta de su desatada obra en ese ámbito, materializada en el estudio de los hasta hace poco olvidados marinos antigolpistas.

En este volumen, el tratamiento de las tensiones internas se refleja principalmente en el análisis sobre la Democracia Cristiana, especialmente entre el sector más derechista de ese partido, los que tuvieron una activa participación en las diversas iniciativas para impedir que Allende asumiera. Estos intentos, repetidos, respaldados activamente por EE.UU., sectores nacionalistas como el general Viaux, Agustín Edwards y El Mercurio, tuvieron la complicidad inclusive del presidente Eduardo Frei Montalva, y miembros de su gabinete, entre estos Andrés Zaldívar, Carlos Figueroa, Patricio Rojas y Sergio Ossa, sector que, en ese momento, era minoritario al interior de la DC.

Los aportes de este libro se enfrentan, y así lo hace explícito el autor, a una cierta “historiografía de derecha” o que comparte el hecho de minimizar el crimen de Schneider. La investigación de Magasich demuestra la participación de al menos 15 personas en el crimen mismo, los que utilizaron municiones letales para endosarle la responsabilidad a la izquierda y, además, en palabras de Agustín Edwards y el embajador Korry aparecidas en los documentos del Departamento de Estado de EE.UU. varias semanas antes, “neutralizar a Schneider”. Destacar los nombres de los responsables de este crimen, como lo hace Magasich, al igual que recordar que disfrutaron de impunidad y rebajas en sus condenas, busca y logra dotar de relevancia a estas acciones para el Chile actual, donde la historiografía tiene aún mucho que decir, y posiciones que tomar.

En este sentido, el aporte del autor viene a presentar una superación de lo que algunos trabajos historiográficos han declarado como una “persistencia del mito” respecto a que las tentativas contrarias al gobierno de Allende habrían sido maquinaciones exógenas, provenientes desde EE.UU., donde los actores locales habrían tenido roles de menor importancia. Por el contrario, Magasich, sostenido en copiosas fuentes, da cuenta del activo rol jugado por los

mencionados actores locales, los que en concordancia, tensión y, a veces, subordinación a los intereses norteamericanos desarrollaron su actuar en esos 60 días. El hecho de que inclusive el gobierno de EE.UU haya ingresado armas “por valija diplomática, con carátula falsa para ocultarlas al personal diplomático” (p. 149) y suministradas a oficiales vinculados al grupo de Viuda cuenta de una participación más que secundaria. A esto se suma la protección posterior a los participantes en el asesinato de Schneider, mediante dinero para salir del país o el directo acceso a visas por la embajada, lo que lleva a considerar que la calificación de mito explicativo a la participación estadounidense en estos sucesos resulta ser un posicionamiento interesado y militante de cierta historiografía.

Podría resultar algo secundario, pero consideramos que es necesario mencionar algunos problemas de citación en el texto. Lo que debiese ser remediado en los próximos dos volúmenes anunciados.

Como toda obra que aspira a un carácter “general” este tomo deja algunos vacíos. Al centrarse casi exclusivamente en el rol conspirador desarrollado por los actores políticos en esos álgidos dos meses quedan algunas figuras en las sombras, especialmente actores de la DC que tuvieron un importante rol constitucionalista y que se negaron rotundamente a cualquier artimaña que desconociera el legítimo triunfo de Allende, como fueron Radomiro Tomic y Gabriel Valdés. Además de esto, se comprende perfectamente la centralidad otorgada por el autor a las vicisitudes por lograr o impedir la asunción de Allende, pero con esto, salvo en algunas acciones de movimientos de pobladores, el resto de los actores sociales están completamente ausentes. Es como si durante esos 60 álgidos días los sujetos populares no hubiesen desarrollado acciones, experimentado sentimientos, pareceres, tensiones, esperanzas, etc., lo cual lejos de ser la intención del autor, nos parece que oculta precisamente una de las principales características de ese periodo, como fue la participación popular, pues, en definitiva, cuando el Congreso ratificó el triunfo de Allende una parte importante del pueblo y la clase trabajadora asumió ese triunfo como propio.

Más allá de esto último, este volumen II de la obra de Jorge Magasich sobre la Historia de la Unidad Popular representa un importante aporte historiográfico, que no intenta posicionarse más allá del bien y el mal, esa antigua aspiración de una parte de la sociología clásica, sino que contribuye con un trabajo serio a rescatar uno de los periodos más interesantes de la historia de Chile.